

Los dos horizontes.

Los viajes de Adolfo Castañón¹

Víctor Díaz Arciniega

*Para Alicia Reyes,
nieta ejemplar*

1) DESDE EL TÍTULO Y LA DEDICATORIA, la compilación de Adolfo Castañón muestra su elocuente voluntad de hacer un tributo a su origen y un homenaje a la amistad, como reclama Cicerón en su esencial *Diálogo de la amistad*. En el imprescindible *Tesoro* de Sebastián de Covarrubias encontramos que el tributo es el “pecho” (o pago) que la tribu hace y homenaje es un juramento, el más alto, el que se hace desde la “Torre de omenage, la principal de la fortaleza, adonde con solemnidad y por auto público el castellano o alcalde della haze el juramento de fidelidad, conforme a la ley”.

En el primero de los segmentos del libro que nos convoca, “Venas encontradas”, Adolfo cifra el tributo a su origen, desde la tierra, la historia y los alimentos hasta la sangre, el lenguaje y la visión de mundo. En el segundo de los segmentos, “México y sus escritores”, codifica su homenaje y despliega su genealógico árbol de letrado follaje y entintada sabiduría. Cicerón indica que en el tributo se revela al hombre de acción que se hace sabio por vía de la experiencia, como Catón, mientras en el homenaje se muestra al hombre sabio que llegó a serlo por vía de la lectura inteligente de las leyes, como Marco Acilio.

Entre Adolfo y Castañón me reconozco confundido, porque entre el amigo con quien he conversado y el escritor al que he leído no sé distinguir quién es el hombre de acción y quién el hombre de letras: sus vasos comunicantes son sus venas encontradas. En donde no me confundo es en el trayecto recorrido en los 39 años desde que dejamos

la Prepa o los 37 desde la publicación de su revista de crítica literaria *Cave Canen* (1971). En este lapso identifiqué al Adolfo afanado en múltiples tareas editoriales y en el cultivo de la amistad y al Castañón atareado en lo que en libros anteriores fueron “paseos” y ahora es el significativo *Viaje a México*.

Las palabras amistad y amor poseen idéntica raíz y conducen a igual fin: compartir, hacer común algo. Adolfo nació en una casa con biblioteca y desde siempre los libros han sido su vida, no otra cosa; también nació bajo el signo zodiacal de la pata de perro, porque no ha parado de viajar. Si esto es una realidad, también devino en metáfora, porque Castañón invirtió los términos: ha leído para viajar y lo ha hecho pródigamente y ha viajado para escribir y ha sido generoso, y sus muchos libros son prueba fehaciente de ambas dimensiones. Desde un juvenil ensayo que recogió en *Arbitrario* (1993), Adolfo Castañón debatía con la crítica entre la grafomanía y la grafología; en su literatura los cauces de esos dos ríos los ha excursionado y *Viaje a México* es el mejor beneficio de ese largo andar y trasegar.

2) A lo largo de la lectura de *Viaje a México* y de la escritura de estas líneas, no he dejado de pensar en nuestros comunes amigos y colegas Liliana Weinberg y Alberto Paredes, ambos estudiosos del ensayo literario y practicantes del género. Sin duda los he invocado como la autoridad que ellos representan, porque ante la autoridad de Adolfo Castañón necesito de un referente al cual asirme y de unos íntimos interlocutores con los cuales pensar en voz alta.

Como en toda compilación, el repertorio que nos ocupa revela la amplitud y la penetración de la mirada del autor;

también muestra su versatilidad en la calidad de su registro literario y su habilidad editorial en la selección y en el orden de sus ensayos, crónicas y retratos. Si el título *Viaje a México* es todo un enunciado, su contenido lo podemos considerar su demostración; así consta en la explicativa solapa del libro, tan precisa y sugerente.

Cuando me hizo la invitación para participar en esta mesa de presentación, Adolfo citó al francés Paul Morand (coetáneo de Alfonso Reyes y su cercano amigo) como cierto referente de su libro. Creo que ni en su esencia ni en su intención lo es, y debo celebrarlo: en su viaje, Adolfo Castañón deliberadamente huyó no sólo de cualquier pintoresquismo, sino hasta de los rasgos anecdóticos y ornamentales, y esta cualidad domina en sus ensayos, crónicas y retratos.

Lo que él sí tomó a la letra de Paul Morand es su decidida atención al “círculo encantado”, el que Morand trazó en torno a la *NRF* y nuestro amigo a las revistas *Plural* y *Vuelta* y a algunos pocos autores precursores de ellas. Hizo bien, porque así, gracias a su decidida atención a ese “círculo encantado”, en *Viaje a México* se despliega espléndida la genealogía de la inteligencia mexicana del siglo xx. En otras palabras, con sus crónicas, ensayos y retratos, Adolfo Castañón traza los hilos reflexivos para una historia de las ideas literarias del siglo xx; también establece la nómina de autores, los tratamientos estilísticos, los temas indispensables y las generaciones de individuos protagonistas de esa historia.²

Dentro de tan rigurosísima nómina quiero destacar la presencia de José Luis Martínez. Como a Adolfo, también a mí su pequeño libro *Problemas literarios* (1955) me influyó de manera decisiva en mi iniciación en el estudio de la literatura: es el manual perfecto, sea por la amplitud de su horizonte, sea por la sencillez de su explicación. Sus otros muchos libros con sus trabajos filológicos, históricos y editoriales y su amistad y simpatía resultaron la guía indiscutible que hasta la fecha Adolfo y yo seguimos como santo y seña, sin omitir en su lección la enseñanza de la función crítica, la responsabilidad en el uso del lenguaje y ¡qué decir de la cortesía! No me engaño, la severa selección de autores y obras y la generosa valoración de las ideas literarias realizada por Adolfo Castañón siguen las pautas señaladas por José Luis Martínez.

3) Decía Rafael Gutiérrez Girardot: la función del ensayo es la de *suscitar ideas* en el lector. En sus ensayos, Adolfo Castañón se ha ceñido a tal propósito. Más que la voluntad

de pensar distinto, su versión interpretativa de las ideas literarias del siglo XX proviene de una creativa imaginación crítica, de una muy amplia y delicada articulación de ideas históricas y estéticas americanas y europeas, y sobre todo proviene de una amorosa y crítica relación literaria con los autores y obras en los cuales reconoce los lazos casi sanguíneos del torrente de ideas literarias decisivas para nuestra historia.

Debo hacer una digresión. Desde siempre, Adolfo ha ejercido la crítica; en su debut en 1971 y durante más de 10 años mostró su beligerante descontento,³ que paulatinamente fue atemperando y, simultáneamente, fue diversificando en una amplia creación literaria. En este proceso de casi tres décadas decantó su versión de las ideas literarias de nuestro siglo XX, a partir de José Manuel Othón. Esta rápida digresión me permite ponderar a *Viaje a México* como la *summa* de la experiencia literaria de Castañón.

Ahora, en aras de la comprensión deberé hacer algún apunte descriptivo. Dentro del repertorio de ensayos, crónicas y retratos podemos encontrar una buena cantidad de datos y aspectos biográficos de Adolfo; naturalmente fragmentado y atomizado, no se oculta el hombre que es él, y tampoco se exhibe de cuerpo entero: sólo muestra los gestos indispensables, desde sus manías de morderse las uñas y los padrastrós, hasta su decidida voluntad por adentrarse, entender y disfrutar la muy compleja propuesta musical de Stefano Scodanibbio.

Sobre la malla biográfica referida se tejen dos tipos de redes de relaciones literarias. Una red es la urdida con las ideas exclusivamente literarias provenientes de su amorosa y detenida relación como lector de Othón, Reyes, Cuesta, Mediz Bolio, Rulfo, Arreola y Zaid. La otra red Adolfo la entrelaza con la experiencia viva de la estrecha amistad con el escritor y con la prolongada y delicada lectura de su obra, como ocurrió con Paz, Martínez, Henestrosa, Elizondo, García Ponce, De la Colina, Monsiváis, Jaime Reyes y Elsa Cross.

La malla biográfica y las dos redes de estrechas relaciones amistosas de Adolfo, permite al crítico Castañón desplegar y anudar una cuarta trama de hilos literarios, todos ellos de calidad y representativos de los temas y tratamientos de la literatura; es una trama que el crítico considera significativa para la historia de la literatura,⁴ pero no esencial para la historia de las ideas literarias.

Esta compacta red conforma el “círculo encantado” y, paradójica y excepcionalmente, el eje está fuera de ese círculo porque está en el núcleo vital de la vida toda de

Adolfo, por eso el eje es Jesús Castañón Rodríguez, su padre. Entre los retratos que forman parte de *Viaje a México*, el dedicado a su padre es, sin duda y por mucho, el homenaje y tributo más acabado. Subrayaré dos cualidades: redujo a su expresión esencial los rasgos afectivos y sensibles naturales en los vínculos filiales y exaltó la voluntad intelectual y alcance cultural normales entre los hombres de horizontes universales.

De esta sangre viene Adolfo y sus dos venas referidas al inicio del libro irrigan, por un lado, su sedentario cuerpo letrado como ilustran sus múltiples libros genéricamente subtitulados “paseos” y, por el otro, su espíritu nómada que lo conduce por el ancho mundo de los hombres como cifra en su libro *Lugares que pasan* (1998). Nutrido así y enmarcado en el “círculo encantado”, el retratista, crítico y ensayista Castañón propone en *Viaje a México* una tan sugerente como discutible interpretación de las ideas literarias del siglo XX mexicano.

4) Si Adolfo y yo nos aficionamos a patinar en hielo en la Pista Insurgentes en los años 60, doy por hecho que desde entonces también él se aficionó a la bicicleta como yo. Me gusta rodar en la bici porque cuando trepo a la montaña siento en el rostro el viento de la libertad y en las piernas, torso y manos el riesgo del frágil equilibrio. Esto viene a cuento porque José Luis Martínez en su ejemplar manual *Problemas literarios* nos advirtió de las exigencias del entrenamiento casi deportivo, de la conveniencia del uso de herramientas conceptuales y metodológicas adecuadas, y de los placeres y riesgos del ejercicio de la literatura, más cuando nos adentramos a ella por la puerta de la muy inestable y demandante crítica e historia, ambas alimentadas por el ensayo.

Don José Luis también nos advirtió de la conveniencia de hacer crítica a la crítica. De sus primeros años en el ámbito de la crítica, Adolfo Castañón todavía conserva la esencia de su beligerante descontento, que en su crítica y ensayo ha procurado desplegar contra el saber establecido y las prácticas viciadas. Aunque los reconozco distintos, debo explicar la matizada diferencia que se advierte entre su ejercicio crítico y su práctica ensayística. Una vez más, secretamente Alberto Paredes y Liliana Weinberg vienen en mi auxilio.

Seré breve en la explicación: la diferencia está en el lenguaje. Para su crítica, Adolfo acude a la argumentación

demostrativa; incluso, emplea la descripción (p. ej., los dedicados a Reyes, o Henestrosa). Para su ensayo, privilegia la intuición que concentra en notables apuntes epigramáticos; naturalmente, son notas apresuradas de ideas esenciales (p. ej., los dedicados a Elizondo y Zaid). Y en sus crónicas hace uso de ambos lenguajes: más argumentado y descriptivo cuando conlleva el paso del tiempo y la caracterización de personas y lugares (p. ej., los dedicados a De la Colina y García Ponce) o, en sentido inverso, más intuitivamente epigramático en la exposición de sus propias ideas (p. ej., los dedicados a Paz, Rulfo y Arreola).

En cambio, cuando toma la palabra el historiador que lo habita, Castañón acude a la prosa magisterial (de la que comúnmente huye por principio) e incluso a los recursos demostrativos basados en citas o en información bibliográfica (p. ej., los dedicados a Othón, Cuesta, Fuentes y Del Paso). Con sus retratos, Adolfo Castañón emplea un lenguaje que recupera los referidos estilos, ahora ceñidos a una definida estructura argumental demostrativa. Dentro de todo el conjunto, brilla por su excepcional belleza poética el ensayo titulado “En el día de la bandera”, y por su feroz sentido paródico, la “Oración cívica”.

Salgo de la explicación y vuelvo a la interpretación. En el conjunto de propuestas interpretativas formuladas en *Viaje a México*, la pureza de las ideas literarias es el eje básico de la argumentación en una perspectiva historiográfica. Ignoro si así se lo propuso Adolfo, pero así lo percibo porque él nos sugiere que la pureza de esas ideas los autores la obtienen mediante una elocuente eliminación de anécdotas y de referencias realistas, para así atender exclusivamente los valores estéticos y humanos sintetizados en la obra literaria.

En otra dimensión, aunque con idéntico propósito, Castañón se ocupa del rigor con el cual los autores enfrentan la forma literaria, el lenguaje y los recursos retóricos e imaginativos. Repito, así lo percibo incluso en los extremos más opuestos, los que enmarcan el periodo histórico por él considerado, desde los *Poemas rústicos* (1902) de Othón hasta *La oración del Ogro* (1998) de Jaime Reyes; en ambos poetas, Adolfo resalta la pureza del lenguaje y el rigor de la construcción poética y deja al margen las características del contenido.

Con Alfonso Reyes me pregunto sobre la representación moral que se desprende de esa ponderación formal. Creo que en los retratos que nos presenta Adolfo Castañón en *Viaje a México* se adivina la respuesta. Con la excepción

del dedicado a José de la Colina, en los restantes aparecen hombres despojados de las contingencias de la vida común y de las pasiones humanas, salvo en el caso de Juan García Ponce, a quien la enfermedad otorga una dimensión heroica al estoicismo que lo distingue a él y al resto de los retratados.

En otras palabras, el amoroso y humano retrato de *Pepe* de la Colina, todo él un hombre de letras de vitalísima exhuberancia anecdótica, hace un dramático contraste con el retrato de Gabriel Zaid, en donde la admiración intelectual de sus ideas literarias y morales prácticamente anuló el cuerpo vivo de ese hombre, que sin duda lo es no obstante su voluntad de mantenerlo al margen de sus actividades públicas. La disyuntiva a la que se enfrentó ante formas de vida tan diferentes, Adolfo Castañón la resolvió mediante un denominador común en ambos heterodoxos: las ideas literarias, con cuerpo vivo y mundano *Pepe* y con espíritu riguroso Zaid; allá con amor y acá con admiración.

5) Como adicto lector de Michael de Montaigne, Adolfo Castañón ha proseguido la senda del ensayo y la crítica, con sus diferentes variantes, y como adicto a George Steiner, en su andar literario también ha explorado con feliz fortuna las sendas de la poesía y el relato. En los asuntos que presenté en los párrafos anteriores pasé de prisa una cualidad relevante: el *Viaje a México* Adolfo Castañón lo emprendió con un ojo puesto en los horizontes europeo y americano y otro en el horizonte mexicano.

Desde su torre, Montaigne leyó el mundo disponible del saber, lo absorbió todo y lo fundió con su personal experiencia dentro de sus *Ensayos*. Desde Ginebra y otras ciudades europeas, en el mundo universitario de Steiner se sintetiza el saber letrado del universo. En ambos sabios no recuerdo un viaje a su origen, pero sí percibo un muy intenso otear en la realidad humana en la que viven. Sin duda, los dos hicieron suya esta exigencia formulada por Cicerón, a quien frecuentaron con largueza y quien reclamó la atención permanente a la conducta de los hombres, más si llevan una vida pública de acciones y palabras.

Adolfo Castañón es de esta estirpe, en parte inculcada por Jesús Castañón Rodríguez, su padre, y en parte libremente elegida y consolidada por él dentro del “circulo encantado”. En *Viaje a México* así lo muestra y explica, porque ahí esta una parte de su origen y de su identidad. También en esto José Luis Martínez nos influyó: en 1945

él seguía reproduciendo el reclamo formulado por Fernández de Lizardi y otros más hacia mediados de los 20 del siglo XIX: la misión del hombre de letras es contribuir a la construcción de la identidad nacional.

Para nuestro beneficio, ni Adolfo Castañón ni el conjunto de escritores analizados en su libro prosiguen afanados en la citada misión. Por el contrario, el balance literario implícito en *Viaje a México* revela el paulatino y perseverante esfuerzo de un reducido número de escritores empeñado en escribir una literatura despojada de las aludidas adiposidades. Como él, también considero indispensable hacer el corte de caja literario para ponderar nuestro haber y nuestro deber; los últimos 100 años son más que elocuentes. Y qué mejor manera que hacerlo como él, bajo la sombra emblemática y tutelar del *Diálogo de la amistad* de Cicerón y en la compañía del *Tesoro de la Lengua* de Sebastián de Covarrubias. •

Notas

¹ Estas notas son impresiones del trabajo ensayístico de Adolfo Castañón compilado en *Viaje a México. Ensayos, crónicas y retratos*. Madrid & Frankfurt am Main, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2008, 374 pp. Las expuse en la presentación del libro, ocurrida el 30 de octubre de 2008 en la Casa Lamm.

² Aunque discutible, la nómina esencial es: Othón; Reyes y Mediz Bolío; Cuesta y Henestrosa; Rulfo, Arreola y Paz; Del Paso, Pacheco y García Ponce; Zaid y Elizondo; De la Colina; Jaime Reyes y Elsa Cross. Se podría incrementar con otra media docena, pero metida con calzador, pues Castañón parece sugerir que son autores representativos, por lo tanto intercambiables.

³ Desde el emblemático título de su revista iniciática *Cave Canem* (1971), sus colaboraciones en *El Buscón* (“Aplaudidos y humillados”, 1983) y en *Palos* (“Coordenadas en la literatura mexicana”, 1983), hasta *El Reyezuelo* (1984), publicado original y fragmentadamente en la también emblemática revista *Caos* (1984), sus colaboraciones en *México en la Cultura* y en la redacción de *Nexos*, en todos esos momentos los rasgos subversivos de Adolfo hacían un muy raro contraste con su trabajo institucional en el CEL de la UNAM (duró muy poco tiempo), en la redacción de *Plural* y en el departamento técnico del FCE.

⁴ La media docena de autores aludida en la nota 2 integrarían la simbólica trama: Zea, Sabines, Novo, Del Paso, Fuentes, Pacheco, Ibarguengoitica y Montemayor.

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA es Profesor Investigador Titular adscrito al Departamento de Humanidades en la Unidad Azcapotzalco de la UAM. Correo Electrónico: vmdiaza@prodigy.net.mx